

3. PEDAGOGIA DE LA ORACION: Enseñar a orar.

Se ha dicho que el compromiso más importante que tiene la Iglesia de nuestros días, en lo que a su programa de Pastoral se refiere es:

ENSEÑAR A ORAR.

Cristo oró mucho. Todo cristiano tiene que orar siguiendo el ejemplo de Cristo. El Papa Pablo VI dijo, en una de las clausuras de las sesiones del Conc. Vaticano II, que la Iglesia es una escuela de oración; aprender a tratar con Dios.

La oración es un valor irrenunciable de la Iglesia. Es su mayor compromiso. No exageramos al afirmar, que la eficacia de las actividades de la Iglesia, sacramentos, apostolado, etc. dependen de la oración. Si en el creyente hay verdadero espíritu de oración, la eficacia de la vida sacramental es segura.

El cristiano del futuro está llamado a ser un orante, es decir será alguien que tendrá experiencia de Dios, o no será nada.

La espiritualidad del mañana dependerá de la experiencia y decisión personal y de una costumbre tradicional.

Para estructurar bien la enseñanza de la oración, es necesario partir de la base de la necesidad que tenemos de ella, dadas las capacidades que poseemos.

Esta necesidad es intrínseca a nuestra condición humana. Somos enseñados en todo. Y cuando se trata de algo moral, de tipo espiritual, íntimo, la necesidad es tanto mayor, porque el aprendiz de orante arranca de una situación negativa; es eso que llamamos pecado.

El pecado no hay que considerarlo solo como transgresión de una ley moral, sino también como una poderosa fuerza hostil que se opone al proyecto salvador de Dios. El resultado inevitable del pecado es que desarticula y quebranta toda convivencia social y la armonía de la creación. En consecuencia la oración está llamada a abarcar toda la existencia llegando hasta la raíz misma del ser.

Al hablar de lo que es la oración, la hemos presentado en la línea de la amistad; por tanto al hablar de su pedagogía, ésta tendrá como objetivo enseñar a dar respuesta a la exigencia de la amistad; que no es otra cosa, que la acogida de la persona amiga; la acogida total y gratuita, sin manipulación y la donación propia, sin recortes; darnos todos al Todo del todo, sin hacernos parte.

Por tanto la oración exige un encuentro en el cual las dos personas que se tratan vengán a convenir en uno, es decir, vengán realmente a vivir en una gran comunión. Esta afirmación nos da pie para lo siguiente:

Es necesario que el aprendiz de orante tenga idea clara de la persona con quien pretende entablar amistad, en este caso de Dios; es la idea que brota de la propia experiencia; la que expresa la Biblia y la que nos dicen los experimentados maestros de vida espiritual.

Según el concepto y la experiencia que cada uno tenga de Dios en quien cree, su relación de amistad que llamamos oración será profundamente afectada por esa su tónica vivencial que viva de Dios.

De todo esto hay que llegar a la conclusión de que todo aprendiz orante tiene que tener, aunque sea en grandes rasgos, un concepto de Dios ante quien se le invita a vivir y con quien se le invita a tratar.

Palabras de St. Agustín
Sin mí no podemos
hacer nada

Amiguis
de San Juan
De su intimidad
la comunión
Bomel Nijo

SABER LA CONDICION DE DIOS.- Los maestros de vida espiritual Santa Teresa y San Juan de la Cruz y también otros más, repiten con frecuencia la frase: saber la condición de Dios.

Es necesario saber la condición de Dios para poder entrar en el camino de la oración. Y de hecho quien comienza a orar no la sabe y hay que darle una imagen de Dios que le provoque a tratar con EL.

San Juan de la Cruz, en su libro Cántico Espiritual dice: "Dios tiene tal condición que si le llevan por bien y amor harán de El lo que quieran, y si no, no hay ni tratarle".

Santa Teresa en el libro de su Vida, donde trata de definir la oración que para que sea verdadera la amistad en el amor y que dure la amistad, dice: "hanse de encontrar las condiciones".

De todo esto hemos de llegar a la conclusión de que los dedicados en forma profunda a la oración, es decir los que acostumbramos llamar místicos, como testigos de la oración, nos pueden revelar la condición de Dios, mediante la imagen de Dios que nos presentan.

Se trata de un Dios deseoso de darse; un Dios que busca tener a quien dar; un Dios que anda mirando y remirando por donde podrá ganarnos a sí, etc. Como se manifiesta Santa Teresa en una de sus expresiones: un Dios que dora las culpas. Y en verdad Dios dora, reviste de oro todas nuestras culpas.

Y al hablar así los místicos, presentan una imagen de Dios de acuerdo a cómo El se ha manifestado a través de hechos y palabras. Este acercamiento a esa imagen de Dios es importante para todos pero en especial para los aprendices.

Entre los escritos teológicos, muchos y buenos que hablan sobre la oración del posconcilio, se insiste mucho en la crisis de oración es una imagen de la crisis de Dios. Efectivamente nos hemos quedado sin la imagen de Dios que sostenía nuestra oración anterior; y cuando ha caído esa imagen ha caído la oración.

Nadie puede hablarnos mejor de una persona sino aquel que la ha tratado mucho; y no aquel que ha oído hablar mucho de una persona y ha organizado muy bien el pensamiento sobre esa persona; sino aquel que ha tratado mucho a una persona, que ha frecuentado el trato directo, profundo y sostenido; ella es quien puede decirnos a nosotros mejor la intimidad de la persona.

La palabra del místico nos habla de un Dios presente, activamente presente y que busca tener a quien dar. Es el gran amigo del hombre. Dios no es un rival, sino presencia activa y comunicativa.

No sería aventurado pensar que si hubieran dejado dialogar a los místicos del siglo 16, en especial a Santa Teresa y a San Juan de la Cruz, con los primeros protestantes que entonces surgieron, en la Iglesia Católica no se hubiera producido la escisión, porque inicialmente era cuestión de experiencia de Dios. ¿Creemos en un Dios dispensador de Indulgencias, a través de la Iglesia, o en un Dios dispensador de amor?.

Digo esto porque Santa Teresa, en el libro de la Vida, nos dice una frase estremecedora de oración, "...con regalos grandes castigavades mis delitos"; que expresado en español más actual dice: "Con grandes regalos castigabais mis delitos". Porque Dios, siendo amor, no tiene otro lenguaje que él entiende, sino el del amor.

Es lo que dice San Juan de la Cruz en una de sus cartas: "No piense otra cosa sino que todo lo ordena Dios; y donde no hay amor, ponga amor, y sacará amor".

Acercarnos a la condición de Dios es el primer capítulo para entrar en el camino de la oración.

NUESTRA CONDICION.- El segundo capítulo consiste en darnos cuenta de nuestra propia condición.

Para ello es necesario partir de la base de que el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios.

Es por esto que el hombre tiene una capacidad, una dignidad, una grandeza, del todo especiales y hasta cierto punto, incomprensibles.

El hombre tiene una capacidad en su misma naturaleza que puede tratar con Dios directamente.

El hombre es por naturaleza relacional, y esto, de tal manera, que no hay ningún tú humano, creado, que pueda responder y satisfacer plenamente su capacidad relacional.

Hay una frase en San Juan de la Cruz que la repite con frecuencia y es que "el hombre no se satisface con menos de Dios".

El hombre tanto natural como sobrenaturalmente, apetece siempre ser igual a Dios; y hasta que no llegue a esto no estará satisfecho.

La capacidad relacional de la persona humana es infinita; es ahí donde se establece el tú absoluto de referencia del ser humano y es también ahí donde adquiere su último fundamento la oración.

La apertura al Dios transcendente es tal porque así lo hemos recibido por creación. Nadie hay tan capaz de relación, fuera de Dios, que pueda satisfacer plenamente la demanda de relación del ser humano.

Ante esta realidad, se abre necesariamente en cada uno de nosotros, una salida hacia adelante, hacia más allá de todo lo creado, que el hombre lleva grabado en lo profundo de su ser.

Pero además esta actitud o capacidad es movida en nosotros por el Espíritu Santo, mediante sus sus dones y virtudes que nos han sido infundidos.

Es lo que dice San Juan de la Cruz y que repite varias veces en sus escritos, de diferentes formas: "aprender a orar es aprender a vivir teologalmente; vivir en fe, esperanza y amor". No es cuestión de posturas, ni de actitudes del otro, sino que es la vida de Dios participada en fe, esperanza y amor.

PRESENCIA DEL PECADO.- Junto a esta condición nuestra de apertura radical al infinito, tenemos que tener presente otra cosa, real y verdadera y que puede afectar mucho a nuestra actitud de orantes. Es el pecado.

El hombre histórico por el pecado está exiliado de sí mismo; es pródigo; ha salido de la casa de relación con su Padre y está dividido. Está roto.

Hay que convencerse que ésta es nuestra situación ahora: hemos resbalado y perdido nuestra interioridad; somos víctimas de un exilio provocado por nosotros mismos; abandonamos nuestra casa de relación con Dios y organizamos nuestra vida a nuestro antojo.

Ahora hay que saber rehacer ese camino de regreso al Padre; porque en nosotros hay tendencias e inclinaciones adversas, que como fuerzas centrífugas, luchan por expulsarnos de nuestra interioridad.

Hay que reconocer que desgraciadamente en la sociedad en que vivimos somos objeto de estos movimientos negativos. Nuestra sociedad es marcadamente de consumo; que pretende bloquear el pensamiento personal para que seamos dóciles compradores y disfrutadores de lo que nos proponen.

Cuanto más nos saquen de la interioridad, más nos convierten en juguetes de la moda creada y más fáciles compradores tendrán.

El cambio está en nosotros mismos

Hemos perdido esa interioridad. Por tanto hay que tener en cuenta que la vuelta a la interioridad perdida, en esta situación concreta histórica en que nos encontramos, es difícil y enormemente dura; tanto que Santa Teresa la mayor parte de su obra "Camino de Perfección" la dedica a esto precisamente: a recomponer el ser humano.

De todo esto hay que concluir, que, antes de enseñar cómo hay que hacer el acto concreto de oración; todo el que aspira a orar, tiene que rehacer (recrear) su ser, su existencia y que se empeñe de verdad, porque de lo contrario, equivocará el camino y pensará que es orante, pero estará muy equivocado, como dice Santa Teresa.

Dice la santa en el núm.3 cap.4 de Camino: "Antes de que diga de lo que es la oración, diré algunas cosas que son necesarias tener, las que pretenden llevar camino de oración; y tan necesarias que es imposible, sin ellas considerarse contemplativas y cuando así pensasen están muy engañadas. Estas cosas son: la paz, que tanto nos recomendó el Señor, interior y exteriormente; la una es amor unas con otras; otra, desasimiento de todo lo criado; la otra verdadera humildad, que aunque digo a postre, es la principal y abraza a todas".

Todo ser humano que aspira a ser orante, tiene, ante todo, tener conciencia de su situación, porque vive en una situación concreta.

No es lo mismo enseñar a orar hoy, en esta situación concreta, a un joven sencillo y humilde de pueblo, que a un joven de ciudad, y no porque uno sea mejor o peor que el otro, sino porque la situación concreta en la que está viviendo; esa circunstancia adherida a nuestro ser, a nuestro yo, es distinta.

No es lo mismo enseñar a orar a un joven que respira una atmósfera de secularización, de ateísmo, de consumismo, que enseñar a orar a un joven que lo que consume es carencia de casi todo.

No es lo mismo enseñar a un joven que ha perdido con mucho esa raíz familiar, que por motivos que sean se ha visto obligado a emigrar y vivir una vida al aire de las circunstancias, que enseñar a orar a un joven inmerso en su realidad familiar, con sus pros y contras, pero inmerso, que tiene su abono, donde va creciendo como persona.

En definitiva hay que afirmar, que el orante no puede formarse de espaldas a la realidad circundante, ignorándola. A cada orante hay que ayudarlo a descubrir sus posibilidades para que las explote al máximo y ayudarlo también a descubrir los obstáculos personales para que los evite, para que los supere. La oración, no es cuestión de dos ideas generales, sino que es una verdadera labor de artesanía personal. *y un trabajo de orden de vida.*

Este planteamiento, tal y como estamos expresando es propia de la espiritualidad carmelita, que a través de los siglos ha servido a la Iglesia.

Además este planteamiento es profundamente evangélico. Cuando explicamos la oración como amistad, no se trata de hacer muchas cosas, sino de formar para la relación en la verdad y en el amor con Dios. Hay que prestar suma atención a la persona. Tanto San Juan como Santa Teresa, en ninguna parte de sus obras, nos hablan de los tiempos de oración. Nos dejan ser creadores.

RESUMEN.- Desde estas premisas: quién es Dios, quien soy yo, ontológicamente abierto a una relación con Dios, históricamente dañado, roto, exiliado de mi mismo por esa fuerza tremenda del pecado, por-

tador de unas posibilidades y también de unos obstáculos, etc. situado en un determinado ambiente que puede ser variado, la educación a la oración es educación para la vida en relación, es decir educación para la relación interpersonal.

Es aquí donde Santa Teresa interviene positivamente. Al pedirle que le enseñe a orar, ella responde: "Yo no sé si tu sabes lo que me pides, pero yo te voy a responder de acuerdo a lo que yo entiendo que tú deberías pedirme: ¿quieres aprender a tratar relación con Dios? Ahí van tres recetas".

- ① Primera: Insiste, trabaja en educarte a la relación con tus hermanos. La casa se irá empezando a construir por los cimientos. Si quieres aprender a tratar amistad con Dios, aprende primero a tratar amistad con tus hermanos. Edúcate a la relación.

Esta primera receta de Santa Teresa viene a ser recomendada en la primera carta de San Juan, cuando dice: "porque si no amas a tu hermano a quien ves..." si no sabes tratar amistad con tu hermano a quien ves, ¿cómo puedes decir que tratas amistad con Dios, a quien no ves?.

Edúcate a tener relación con los demás; ya que por el pecado somos egocéntricos; nos miramos a nosotros mismos; nos inclinamos a nosotros mismos, tenemos que aprender a descubrir al otro; a relacionarnos con el otro tal y como es.

- ② Segunda:- Amar; solamente puede amar una persona libre (libre no es el que hace lo que le da la gana, sino el que se ha liberado de todo lo que le impide ser vocacionalmente, una persona que ama la vida).

Libérate de todo lo que impide amar.

Cuando no haya en tí ninguna fuerza que te desvíe del camino del amor, entonces serás verdaderamente libre.

Es lo que dice Santa Teresa, al hablar de ese desasimiento de todo lo creado. Para amar hay que ser libres y establece ella una serie de círculos concéntricos hasta llegar al círculo más profundo y más íntimo.

③ Libérate de tí mismo, de vivir pendiente de tí mismo. De esta manera se corrige la desviación con la que nacemos todos: siempre tendemos a ser posesivos, empezando por nuestro yo. Es necesario liberarse, encauzar y redimir ese instinto posesivo que termina siendo poseído, como quien crea ídolos y termina siendo devorado por los ídolos. Quien es posesivo termina muriendo en esa tela de araña que uno mismo se ha creado. Aprende a ser libre.

- ③ Tercera:- Para amar y ser libre, hay que caminar en la verdad. Es la tercera condición necesaria, que en el fondo es la humildad. "La humildad es la verdad", expresión que santa Teresa repite en sus escritos.

El humilde es aquel que reconoce el protagonismo de Dios en su vida. Yo camino en la verdad cuando me dejo conducir por el espíritu de Dios; cuando soy docil al camino que Dios me abre de relación conmigo; cuando soy docil a las formas y modalidades de relación que El establece en su relación conmigo.

Con esta palabra de Santa Teresa, se corrige otra desviación muy profunda, que es la desviación de la soberbia, de la autosuficiencia, de bastarme a mí mismo, que es justamente aquello que más padecemos, aquello que más fuertemente aparece en nosotros cuando tratamos de la relación con Dios: aceptar los designios de otro sobre mí.

El hombre al ser creado a imagen y semejanza de Dios, por eso mismo todo ser humano es un proyecto de Dios. Y en ese proyecto cada ser humano es un colaborador, con opción a aceptar o rechazar. Esos designios de Dios sobre cada uno de nosotros, nunca nosotros los hubiéramos pensado, ni soñado y menos planeado. Nunca, jamás. Es Dios quien ha pensado cada uno de nosotros y ha tensado nuestra existencia de tal modo, que nos ha señalado unos objetivos y designios particulares

Al obrar así Dios nos ha hecho un gran bien; nosotros podemos aceptar o no, pero el protagonista de nuestra vida es siempre Dios. El nos conduce y nos guía.

Dice Santa Teresa que a Dios no tenemos que aconsejar el camino por donde nos tiene que llevar, sino que lo que hay que hacer es estar atentos, para ir por el camino que es de Dios.

Hay una frase en los escritos de San Juan de la Cruz que llama la atención. Dice el santo: "Hay personas que pasan la vida dando a Dios lo que no les pide".

Estos tales no están atentos a Dios y sí están atentos a sí mismos; convierten sus necesidades, sus ilusiones, sus esperanzas en aquello que Dios quiera para ellos. Y esto puede llevar a una dirección o puesta a la que Dios quiere llevarlos.

RASGOS ESENCIALES.- Este capítulo de la "pedagogía de la oración", que acabamos de desarrollar, que es andar en verdad, es decir en humildad, ciertamente corrige una desviación profunda existente en nosotros como consecuencia del pecado, que es la soberbia y la autosuficiencia; pero no es suficiente.

No basta solo tener en cuenta estas tres grandes verdades que acabamos de exponer y que afectan a tres importantes perspectivas del ser humano. Eso no es todo. Es necesario afrontar la situación con decisión firme, porque hay que recrear el ser. No es cuestión de rodillas, ni de actitudes circunstanciales. Hay que crear de nuevo el ser.

Dice Santa Teresa que a Dios le cuesta más re-crear, que crear de la nada, porque la nada no se le resiste.

Para resolver adecuadamente este problema de la nueva creación, no hay que perder de vista que para aprender a tratar la amistad con Dios, o centrar la relación amistosa con Dios, hay que aprender a tratar amistad con los demás, es decir con el prójimo.

Para Santa Teresa educar a la oración y educar a la comunidad es lo mismo. Ella se empeñó en esto durante toda su vida.

Como prueba de esta afirmación, nosotros podemos constatar el hecho de que, luego del Conc.Vat.II, surgió la "crisis de oración", de la que se lamentó mucho Pablo VI, se manifestó al mismo tiempo "crisis de comunidad".

Y también luego, hacia el año 80, cuando empezó el resurgimiento de la oración, se manifiesta también el resurgimiento de la comunidad.

De hecho, fué precisamente en ese período, cuando se multiplicaron los grupos de oración y movimientos orantes comunitarios, porque se percibió muy bien que la oración no es simplemente una cuestión individual, y se vio también que la comunidad no puede levantarse, sino sobre la base de la oración.

Hay una relación muy estrecha, de causa y efecto, entre la oración y la comunidad.

El orante tiene que manifestarse como creador de comunidad y la comunidad es el signo primero calificador de su oración. No es posible un orante que no crea comunidad y esto se puede afirmar por varias razones.

En primer lugar nuestro Dios es un Dios comunitario; no es un Dios solitario. Además siendo el hombre creado a imagen y semejanza de Dios, está llamado a ser igualmente comunitario. La comunidad es sacramento auténtico del Dios trino, del Dios comunitario.

En el documento "Gaudium et Spes" del Conc.Vat.II, en el núm.21, en plena exposición del ateísmo, que es plaga que caracteriza nuestro tiempo, se afirma que la Iglesia debe hacer presentes y como visibles, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Debe hacerlo la Iglesia que es comunidad. Por tanto el orante debe ser creador de comunidad, como rasgo que le caracteriza y le identifica.

El Señor, en el evangelio se manifiesta en esto categórico, cuando dice: "Os doy un mandamiento nuevo, que os améis unos a otros como yo os he amado".

Y aquí cabe preguntar, ¿qué es amar?. Santa Teresa se hace varias veces esta pregunta y poniéndose en el extremo opuesto, a los que ponían la substancia de la oración en pensar mucho, ella decía que la substancia de la oración es amar mucho. Y en otro lugar de sus escritos, dice: "Que para aprovechar mucho en este camino (de la oración) no está en pensar mucho, sino en amar mucho". Y más adelante añade: "Quizá no sabemos qué es amar y no me espantaré mucho, porque no está en el mayor gusto, sino en la mayor determinación de desear contentar a Dios en todo".

Como se expresa la santa, la oración no está, el amor no consiste en el gusto, en la emoción psicológica, sino en la determinación de desear contentar a Dios en todo.

La oración como amor, como expresión de amor no está en el gusto, sino en la voluntad decidida de complacer a Dios.

En nuestra vida de cada día, hay muchas cosas que pasan la aduana de nuestra inteligencia, de nuestra vida, o de nuestro discernimiento, pasan con la etiqueta de amor, pero de hecho no tienen nada de amor; han usurpado el nombre de amor, pero carecen de amor.

Conclusión

Si queremos que el amor que reclama la oración sea auténtica, tiene que estar caracterizado por esta triple nota: que sea teologal, liberador y desinteresado o gratuito.

1) Amor Teologal.- Santa Teresa dice que "El amor es teologal, cuando nos es ayuda para servir a su Majestad y vencer otras pasiones". Un amor es teologal, o lo que es lo mismo, la amistad con otras personas es teologal, cuando ello nos ayuda a servir más a Dios al mismo tiempo nos ayuda a vencer las malas inclinaciones.

El amor teologal significa que fortalece en el creyente su vocación única y divina; y al mismo tiempo toda relación interpersonal que no potencie su vocación única y divina, es decir la unión con Dios no merece el nombre de amor.

Dios es amor. Por tanto Dios es la fuente del amor. Todo amor viene de Dios, porque no hay otro amor.

El amor humano conservará la categoría de teologal, si uno filtra a través de sus gestos, de sus comportamientos, de sus palabras, el amor de Dios que reside en él.

El amor al prójimo es inviable para nosotros, si no es naciendo de la raíz del amor de Dios. Por las virtudes teologales que nos han sido infundidas por Dios, estamos capacitados para desarrollar este amor teologal.

En virtud de la muerte y resurrección de Cristo, Dios nos ha dado en Jesús la capacidad de podernos amar y amarnos como hemos sido amados por El.

✓ 2) Un amor liberador..- Dice Santa Teresa en sus escritos: "No consintamos... sea nuestra voluntad esclava de nadie, sino de quien la compró con su sangre".

La santa quiere decir aquí que el verdadero orante no tiene que ser esclavo de nada, ni de nadie, sino de todos. Para ello hay que empezar por ser esclavo de quien nos rescató con su sangre. No atarnos a nadie, ni atar nadie a nosotros.

3) Un amor desinteresado y gratuito..- La tercera cualidad que debe tener el amor, para que sea auténtico, es el desinterés y la gratuidad.

Desinteresado, en el cual no se busque uno a sí mismo.

Gratuito, porque no espera recompensa, sino que lo que pretende es que el otro crezca para Dios.

En el fondo es poner en marcha la vocación divina que pesa sobre todos y cada uno de nosotros.

"No me habeis elegido vosotros, sino que yo os he elegido a vosotros para que vayais y deis fruto". Jh 15,16ss.